



MÁS QUE BALLENAS

Herman Melville, el célebre autor de «Moby Dick», en su vida marinera pasó por los canales del sur de Chile y los dejó estampados en su obra literaria.

selección de Roberto Karmelic

El 3 de enero de 1841 Herman Melville se embarcó a bordo del ballenero *Acubiter* en una travesía por el Cabo de Hornos y el Pacífico. Después de casi un año y medio de viaje descendió en la Polinesia Francesa. Luego de una temporada de cónsul pasó a Hawái. Seis meses más tarde se embarcó en Honolulu en la fragata de la armada norteamericana *United States* con la intención de regresar lo más pronto posible a su hogar en Boston. Pero la travesía en la fragata retrasó bastante su ansiado regreso, luego de navegar por el Pacífico hasta las costas del Perú por el espaldado de cuál en año entero. El 14 de octubre de 1844 Melville fue descargado finalmente en Boston y se unió con su familia en Lansingburg.

El joven Herman acababa de cumplir veinticinco años. Así, con la batida del Hades como horizonte, el relator compulsivo de historias exóticas que optó por a la hora del té a su madre y a su her-

mana con sus hermanas, acabó por convertirse en escritor. Probablemente una de esas mismas historias de sobremesa se transformó en el relato *Berito Cereno*, publicado en 1854 en el *Panman's Magazine*, que narra el encuentro fortuito entre el capataz norteamericano Amasa Delano y el decadente capitán español Berito Cereno en medio de las costas de las islas del sur de Chile, que Melville recordaba con singular precisión luego de sus travesías balleneras por el Cabo de Hornos en busca de su destino.

Como decía el misterioso inglés Whitehead, ponamos en generalida-

des, pero vivimos estos detalles.

Una vez a bordo del buque, su visitante se encontró rodeado de pronto de una multitud vociferante de blancos y negros. El número de éstos en cubierta superaba al de los primeros, causaba curiosidad si se tiene en cuenta que se trataba de esclavos. Sin embargo, unos y otros, con voz unánime y en el mismo lenguaje, se pusieron a referir idénticos relatos de los sufrimientos pasados. Y, en esto, las mujeres negras, que no eran pocas, excitaron por su delicioso acento al de todos los otros. El capataz, junto con los fiebres, había descendido cruelmente la tripulación, produciendo los mayores estragos entre los españoles. Por un milagro se habían salvado del naufragio cuando navegaban cerca de las costas del Cabo de Hornos. Posteriormente, a lo largo de varias jornadas, quedaron inmortalizados, así que soplara viento alguno. Discutían las provisiones de boca, apenas les quedaba agua y, en consecuencia, tenían ya resaca los labios.

«Mientras se convertía así en blanco de todas aquellas locuaci-

dades, el capitán Delano escuchaba con viva mirada las caras y los objetos que lo rodeaban. Siempre que se abría en el mar por vez primera un navío grande y populoso, principalmente si es extranjero, con una tripulación, supuestamente de blancos o filipinos, la impresión que se tiene no es nunca igual a la que se experimenta al entrar en una casa desconocida, habitada por desconocidos y en tierra extraña.

«Tanto la casa como la nave, la primera con sus muros y sus postigos, la otra con sus elevadas bordas que parecen murallas, ocultan su interior a la mirada hasta el último instante. Pero en el caso de la nave se añade esta circunstancia: la de que el espectáculo viviente que se descubre, al quedar repentinamente al descubierto, produce en cierto modo, por contraste con el vacío oceánico que lo rodea, el efecto de un prodigio. La nave no parece más que los tejidos, gestos y rostros extraños semejan un fantasmagórico establo surgido de las profun-



didados, las cuales pronto recordarán lo que han prestado. Quizá fuera un efecto parecido al que se ha intentado describir lo que intensificó en la mente del capitán Delano aquello que un sermo exáctamente hubiera podido encontrar insólito dentro del espectáculo. Sobre todo, las notables figuras de cuatro negros de pelo canoso, con callosas como oscuras cimbras de saucos sembrados de escueta, que bendaban un venerable contraste con el tumulto, que desde su altitud dominaban, inclinados igual que esfinges, uno en la servilía de estibos, otro sobre la de babor, y los otros dos encaramados en las balaustradas por sobre las mesas de guarnición. Cada uno de ellos traía en la mano serenos de jarcia vieja que con cierta estoica complacencia doblaban para felices estops, acostumbrados después a su lado.

Se acomodaban en su labor con un canto seguido, monótono y bajo, zambiendo y balanceando como galeros ya viejos que interpretaran una fúnebre marcha...» (R1)

EL 17 DE FEBRERO
DE 1995

EL MERCURIO

PÁGINA 3
DE 10

9890

Más que ballenas [artículo] Roberto Karmelic.

Libros y documentos

AUTORÍA

Karmelic Olivera, Roberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Más que ballenas [artículo] Roberto Karmelic. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile